



PALACIO DE ARANJUEZ.

Esta residencia real es durante la primavera un verdadero oasis en medio de una campiña árida. Al Tajo y el Jarama, que riegan la comarca, se deben la extraordinaria altura y vigor de los árboles de Aranjuez, y la rica y admirable vegetación que tanto atractivo tiene en las cercanías de Madrid.

Aranjuez es una villa á la holandesa, segun el plan concebido por el marqués de Grimaldi á su regreso de la embajada de Holanda. Calles largas y rectas, casas poco elevadas, jardines pintorescos, paseos agradables, cafés, teatro, plaza de toros, nada falta á Aranjuez para ser una poblacion de placer, una mansion deliciosa. El jardin de la isla, por medio del cual corre el Tajo, y el del Príncipe, regado tambien por el mismo rio, abundan en sombrías alamedas y encantadores sitios de retiro. Pero no es hoy nuestra intencion describir el sitio; proponemos solo hablar del palacio real, digno por mas de un concepto de la atencion de nuestros lectores.

Establecidos en Ocaña, segun se dirá, los grandes Maestres de la orden de Santiago, y convidados por la feracidad y delicias del sitio, y abundancia de la caza y pesca, se destinó Aranjuez para *mesa maestra*, y para mayor comodidad en gozar estas riberas, el maestro D. Lorenzo Suarez de Figueroa, hizo levantar un palacio de excelente fábrica de cantería y ladrillo, desde los años 1387 al 1409 en que murió: este palacio se hallaba en el mismo parage que ocupa el actual próximamente; su forma era de arquitectura antigua con 4 fachadas; en lo interior un espacioso patio adornado de columnas de piedra blanca, que sostenian las galerías del piso principal; sobre las columnas en unas tarjetas de la misma piedra estaban las insignias de la orden de Santiago, que alternan con las armas de Figueroa propias del Maestro: tenia dos entradas, al E. y O., y un puente de madera y ramaje, que luego se hizo de piedra para dar paso por encima del canal de las aceñas á la isla, donde estaba la huerta y el jardin: adquirida por los señores Reyes Católicos la administracion perpétua y el cargo de Maestres de las órdenes, se alojaron muchas veces en este palacio, y lo mismo hicieron D. Carlos I y D. Felipe II; pero no siendo capaz de contener toda la familia de este Monarca, quiso

hacer un cuarto real para sí; al efecto eligió el sitio al S. del palacio antiguo, dejando una calle por medio: mandó hacer lo primero una capilla pública, y unido á ella el Cuarto Real: en 10 de octubre de 1561 se subastó la apertura de las zanjias para esta obra; se remató á 15 mrs. vara y se empezaron abrir inmediatamente, resultando de escavaciones 1,947 varas lineales con 13 pies de profundidad. Era entonces arquitecto mayor del rey el insigne maestro Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, á quien S. M. hizo venir de Roma para idear la obra del templo del Escorial, á la cual se dió pincípio un año despues: desde 1571 hasta primeros de 1568 iban gastados 8.080,650 mrs., y estaba en el tercer cuerpo la capilla, y poco mas adelantado el Cuarto Real: en este estado murió Juan Bautista de Toledo y paró la obra: estuvo suspensa hasta 1574 que continuó al cargo de Juan de Herrera y de Gerónimo Gil, que unidos firmaron algunos papeles de destajos: se trabajaba con lentitud, tanto que en 1584, siendo ya Herrera maestro mayor de las obras reales, dió un papel de lo que faltaba que hacer, escrito y firmado de su puño: concluido este palacio, ocupaba el cuadrilongo donde estuvo la capilla antigua mirando al S. con fachadas al O. hasta el pórtico actual; al N. por frente de la escalera principal de hoy, y al E. por la larga del patinillo que está detras del jardin de las Estátuas: la piedra necesaria se estrajo de una cantera que se compró y escavó en el término de la villa de Colmenar, constando por cédula de 17 de marzo de 1687 que el rey concedió 1,000 varas de sillares al conde de Chinchon para la obra de la capilla de aquella villa que se hacia entonces: la madera para las armaduras, las del convento del Escorial y el de Doña María de Aragon en Madrid, se condujo de los montes de Cuenca por cuenta del rey en el año 1584; el plomo para las cubiertas y las del Escorial se sacó de unas minas que entonces habia en Madrilejos y Consuegra, las cuales no existen ya. En el oratorio interior se puso un retablo de pintura en lienzo sobre tabla, representando á Cristo N. S., como le ponian en el sepulcro, obra del Ticiano, con molduras de dorado y negro, y su cortina de tafetan azul con cordones de seda; y una piedra de alabastro guarnecida de madera, que en 19 de mayo de 1591 entregó Antonio Boto,

27 DE MAYO DE 184 9.

guardajoyas del rey y príncipe, según con las mismas expresiones consta en el recibo que dió el conserge. Esta pintura del Ticiano se llevó al oratorio de Aceca, y allí estaba en el año 1614. En el año 1599 se hicieron dos pasadizos desde el piso alto, para dar comunicacion al palacio viejo de los Maestros, que atravesaban la calle que quedó formada entre ambos; se concluyó el jardín que sirvió á este cuarto real (y es el de las Estatuas) cercándole con tapias y poniendo una fuente en medio: delante de la capilla se formó una plaza de árboles, cercada de palenques y puertas para correr toros y hacer los herraderos al frente de los balcones de palacio: el viejo se destinó para alojar los gefes y caballeros de la corte, y el nuevo sirvió para habitación de los reyes, sin mas novedad hasta el año 1686; en el patio del antiguo estuvo colocada la estatua pedestre de bronce que representa el emperador Cárlos V con el Furor encadenado á los pies, la cual se mudó al Buen-Retiro el año 1634 por orden del superintendente, de 5 de marzo, en que dice, *se lleve la heregia del Emperador*; se colocó en el jardín de San Pablo, y hoy se halla en el real museo de escultura de Madrid. En 12 de diciembre de 1660 se prendió fuego al palacio de los Maestros, causando bastante estrago en los adornos y muebles interiores; pero poco en la fábrica. En el de 1665, se repitió igual desgracia, quemándose un cuarto enteramente, el cual se compuso luego: en tal estado permaneció hasta el año 1727 que se mandó derribar para concluir la obra del que hoy existe, hallándose en sus cimientos varias monedas del tiempo de su construcción. En el nuevo cuarto real se emprendieron nuevas obras por orden del marqués de Torres, fecha 21 de febrero de 1636; mandando se mudase la destilacion de las aguas, que estaba á la entrada del jardín de la isla, para continuar el cuarto y el trascurso de la Reina, que mira á Levante, haciendo las escaleras que fueron menester para tomar las damas desde el cuarto nuevo la casa del palacio viejo, y escalera para bajar S. M. al corral de los álamos y á los jardines: esta obra es la parte de fábrica que sigue hacia el Oriente y hace fachada al jardín de las Estatuas, llamándosele Cuarto de la reina. En esta forma se mantuvo el palacio durante los reinados de los SS. D. Felipe IV, D. Cárlos II y D. Felipe V, pero éste mandó á su maestro mayor y aparejador de las obras del palacio de Madrid, D. Pedro Caro Idrogo, que trazase los planos para completar un cuadro con cuatro líneas de fábrica y un patio en el centro, guardando el orden y forma que tenia lo que estaba fabricado, y otra cúpula á la parte del N. que igualase con la que servia de media naranja á la capilla: cumplió su orden este arquitecto presentando su trabajo firmado en el año 1715, en el que se distingue con colores lo que habia hecho, y lo que debia hacerse: lo aprobó el rey, y en orden de 14 de agosto mandó se construyese un cuarto mas: perseveró S. M. en la idea, y por otra orden de 2 de mayo 1727 se continuó esta obra bajo la direccion del referido D. Pedro Caro, quien dispuso el derribo del antiguo palacio y mandó reconocer la antigua cantera de Colmenar, que era del rey, y ponerla corriente para sacar toda la piedra necesaria: en 1728 se abrieron las zanjas de la fachada de O. que es la principal; se deshicieron los molinos ó aceñas que habia en la parte de abajo, en el jardín de la isla; se concluyó el puente de piedra que da entrada al mismo jardín, con escalones, y se formó la presa que sirve para dar agua á la cascada (de que se hablará). Muerto D. Pedro Caro, fué D. Teodoro Ardemans, arquitecto mayor del rey, á reconocer las obras, pero no tuvo el manejo de ellas; habiéndose encargado su direccion en 1733 á D. Esteban Marchand, coronel de ingenieros, y en 1734 á D. Leandro Brachelieu, tambien ingeniero: en 1735 se siguió la muralla de sillería en el canal del rio para poder formar la plazuela delante de la fachada principal del palacio, y se trabajó en el resto de la fábrica, teatro y gabinete para la reina: lo relativo á pinturas y adornos lo dirigia D. Juan Bautista Galluci, D. Santiago Bonavit y otros profesores italianos: ademas de las pinturas y dorados se puso en aquel gabinete una fuente y juegos de agua en un peñasco grande con 4 cabezas de vientos, y otros pequeños con conchas y tazas de mármol y varias figuras de bronce: 1 Neptuno grande, 4 delfines, 1 con una flor de lis en la mano, y otro en ademán de beber, una sirena, un fauno, unos árboles con pájaros, y otras invenciones: duraron estas obras hasta el año 1739, en que se concluyeron, según consta en 2 lápidas que se pusieron en la fachada, y se guardan hoy en el almacén de

materiales: en 1740 se arregló un coliseo para representar óperas y serenatas, y por orden de 24 de junio de 1744, se ideó la escalera principal con grandes luces y magnífica bóveda, aunque los muchos derrames y entradas le hacen aparecer teatral, cuya obra duró tanto tiempo: en el mismo año se mandó deshacer un mirador de madera dorado y pintado, cubierto de pizarra, sustituyéndole con otro de cantería que se derribó en 1768, todo bajo la direccion de don Santiago Bonavit. Ocurrió á este palacio la fatal desgracia de un voraz fuego la noche del 16 de junio de 1748, estando en él SS. MM., que informados del progreso que hacian las llamas, dejaron su real habitacion y por la mañana del lunes siguiente se trasladaron al Buen-Retiro.

Acudiendo prontamente á fin de extinguir el incendio, se logró salvar la mayor parte del edificio y todo lo mas precioso de muebles y adornos; pero quedaron destrozadas las paredes interiores y armaduras: con este motivo se emprendieron de nuevo las obras para repararle, que duraron algunos años, y entonces se pintaron al fresco la sala de la conversacion, el teatro y otras piezas por el célebre Conrado Giacinto, y D. Santiago Amiconi, haciendo otras obras al óleo que aun se conservan. Concluida esta reparacion y la escalera principal, pórtico y distinta forma que se dió al frontispicio de la parte de O., poniendo un escudo de las armas reales y balaustrada, se colocaron tres estatuas de piedras que representan al Sr. D. Fernando VI en el medio; al Sr. D. Felipe V á la derecha y al Sr. D. Felipe II á la izquierda con estas inscripciones:

PHILIPUS II INSTITUIT.
PHILIPUS V PROXIMIT.
FERDINANDUS VI PIUS FELIX
CONSUMAVIT ANNO MDCCLII.

El Sr. D. Cárlos III de gloriosa memoria, autor de tantos monumentos magníficos que eternizarán su nombre, perfeccionó las obras de este palacio, y construyó el suntuoso gabinete para su despacho, que no tiene igual: está vestido por sus 4 paredes y bóveda, con piezas de China, de infinitas figuras de gran tamaño, bello dibujo y mucha propiedad, puestas con tornillos que fácilmente pueden desarmarse: obra ejecutada con primor en la fábrica de porcelana de la China que el mismo rey habia establecido en el Buen Retiro, y de que nos ha privado la envidia de los estrangeros: para la dilatada familia de este monarca acordó el mismo en 20 de mayo de 1771, se añadiesen dos alas prolongadas unidas á los extremos de la fachada principal, guardando la arquitectura que tenia la obra antigua, mudando á la izquierda la capilla pública, y á la derecha un nuevo teatro que empezó á pintar D. Antonio Rafael Mengs, pero que no se concluyó y se ha deshecho despues: trazó los planos, y dirigió este aumento D. Francisco Sabatini, mariscal de campo, coronel de ingenieros y maestro mayor de las obras reales, en el año 1772; en el medio de cada ala, y sobre las puertas principales, en unas espadañas con trofeos militares se pusieron estas inscripciones: en el lado derecho

CAROLUS III ADJECIT ANNO MDCCLXXV.

y lo mismo en el izquierdo, con la diferencia de ser 1778, que fué el en que se concluyó: al frente de los dos extremos de las obras adicionadas se hizo una plazuela en medio círculo, y en ella 12 bancos de piedra con respaldos de buen gusto, canastillos de flores y unas pinas por remate: lo grandioso de estas obras, con el inmenso número de árboles que las acompañan, forman el mas agradable y delicioso objeto que cabe en la imaginacion: estos fueron los principios, variaciones y adiciones que ha tenido el real palacio de Aranjuez, primero y principal de sus actuales edificios, hasta el estado de complemento que hoy tiene: en su interior son de admirar los bellos cuadros de Jordan que hay en una hermosa pieza, representando á José el Casto; 3 en las entreventanas de muy buena composicion alegórica del mismo, y otro mas notable por su excelente colorido; igualmente llama la atencion el techo de esta sala pintado por Santiago Amiconi, alegórico y muy bueno: en el gabinete antiguo hay una Juno y otras pinturas de Jordan, ademas 7 cuadros del mismo representando fábulas y varios paises; tambien allí y en otras piezas se ven paisajes de Juan del Moro, de mediano colorido: en la pieza de mayordomos existen 6 cuadros de Jordan de fábulas y figuras de caprichos, entre los que se admira el que representa á Orfeo, rodeado de anima-

les escuchando su música, con tal gracia de actitudes y atención que sorprende: en otras salas se hallan los retratos del gran duque y gran duquesa de Toscana y de sus 4 hijos, pintados por Rafael Mengs; los de los reyes de Sicilia por Bonito, y una vista del Vesubio por Antonio Yole, pintor lombardo; varias vistas de Nápoles y de sus contornos, y algunos bajos relieves en cera de colores, ejecutados con mucho esmero, representando cacerías y pesquerías, obra de un tal Pieri. El oratorio interior para el rey, dedicado al misterio de la Inmaculada Concepción, está adornado con retablo de ricos mármoles, y el Sr. D. Carlos IV le hizo pintar al fresco por D. Francisco Bayeu, con algunos paisajes de la historia de Nuestra Señora: el cuadro de la Concepción que le sirve de titular es debido al pincel de D. Mariano Maella; pero lo que mas debe admirarse, es un rico relicario de pórfido, de trabajo delicadísimo, como tambien un crucifijo de marfil que hay encima, y un mosaico representando una marina, cuya exactitud en las medias tintas es de lo mas perfecto á que se puede llegar.

CRISTOBAL DE MONDRAGON.

Nació en un pueblo de Vizcaya el año de 1504: empezó á servir en las jornadas de Tunez y de la Goleta, mandadas por el emperador Carlos V. Si nada hemos podido investigar relativo á la historia de los primeros años de Mondragon, hemos tenido el gusto de leer un documento curioso, del cual copiamos algunas líneas que bosquejan del modo mas conciso á este célebre personaje, y nos hacen formar una opinion muy favorable hácia su persona. Es una carta en que cierto general de aquel tiempo le recomienda á S. M. Empieza de este modo: «S. C. M.—»El dador de la presente es Cristóbal de Mondragon el cual agora es hombre darmas en una de estas compañías, »y uno de los buenos y fuertes soldados que sirven en estos ejércitos, y de los mas apuestos y galanes hombres que se hayan visto jamás; y siempre se me ha presentado »en el mejor orden de caballos y armas, etc.» Asistió Mondragon á todas las facciones de guerra ocurridas desde que abrazó este noble ejercicio, y el año de 1567, mandando un tercio como maestre de campo, fué reclamado por el duque de Alba para dar principio á las famosas guerras de Flandes. Mondragon que anhelaba ser uno de los elegidos, recibió con júbilo tan agradable noticia, y se dispuso con la mayor presteza á dar principio á las mayores hazañas de su vida. Contaba entonces la avanzada edad de 63 años; pero dotado de una complexión prodigiosamente robusta era admirado por todo el ejército y reputado por el mas duro en las fatigas de la campaña. De esto tomó origen el mote con que le bautizaron los soldados; llamábanle *peña viva*, (1) indudablemente por la circunstancia de no haberse rendido jamás en ninguna marcha, las cuales hacia siempre á pié á la cabeza de su tercio. Apenas llegaron á Flandes nuestras tropas, le confirió el duque el mando de 15 enseñas de infantería Walona, y el gobierno de Damuillers asegurándole que se acordaria de él en todas las empresas arriesgadas, para las que le consideraba de los mas á propósito. No tardaron en ofrecerse. Despues del sitio y rendición de Mons, á que asistió, siendo uno de los pocos que lograron distinguirse, concibió un pensamiento atrevido; un pensamiento de esos que solo asoman á la mente de los hombres llamados para grandes hechos. Los rebeldes con obstinado empeño tenían puesto sitio á Targoes y casi reducidos á capitular aun á las pocas fuerzas

que defendían la población, pues ni esperaban socorro, ni era posible que llegase á tiempo por el largo rodeo que tenían que dar los que lo intentasen. Mondragon conocía el país y sabía estos inconvenientes; pero pensó en socorrer á los sitiados y nada le hizo desistir de su propósito. Púsose á la cabeza de tres mil hombres, manifestóles el peligro que corrían sus compañeros, y acabó por decirles que habia resuelto vadear el brazo de mar que los separaba de la plaza, único medio de socorrerla. Inflamó á los soldados el entusiasmo de su jefe y á grandes voces pidieron que no demorase aquel intento, pues todos estaban dispuestos á seguirle. Efectivamente, las tres leguas de mar fueron vadeadas, y Jargoes recibiendo tan considerable refuerzo se vió libre de los enemigos que la asediaban. Despues de este hecho memorable pasó al sitio y toma de Harlem, en el que se le encomendaron los puntos de mas peligro.

El año de 1573 defendió á Mildemburg y Ramua, que entregó por capitulación por orden del comendador mayor de Castilla, que conociendo la imposibilidad de la defensa le previno capitulase para evitar que entrando por asalto no respetasen la vida de Mondragon y la de los pocos soldados que tenía á sus órdenes. Capituló, pues, y saliendo con todos los honores de la guerra, se incorporó con Sancho Dávila y concurrió á la famosa batalla de Mook. Infatigable en la guerra y celoso y ardiente defensor de nuestros legítimos derechos á aquellos infortunados países, revolvía en su fecunda imaginación mil proyectos en contra de los sublevados. Reunió un día toda la fuerza de su mando y eligiendo trescientos hombres de los que mejor sabían nadar, les comunicó la arriesgada empresa á que iban á dar cima, con mengua y desdoro de sus enemigos. Tratábase de atravesar á nado el brazo de mar que les separaba de la isla del Finart, y de tomarla á viva fuerza. Señalóles el trage y armas que deberían llevar y á las 12 de aquella misma noche se echó á nado el primero, seguido de su pequeña columna; pero no eran las aguas el mayor obstáculo que se les ofrecía; los rebeldes tenían apostados algunos navios en defensa de la isla, y era preciso pasar á tiro de piedra de ellos. Ya de antemano habia eficazmente recomendado el silencio, así es que fueron salvando los sitios de mayor peligro hasta tocar en la isla que acometieron al arma blanca y ganaron despues de una obstinada resistencia.

En este año, que era el de 1575, ganó tambien del mismo modo la isla de Zierickzee, para cuya facción le acompañaron dos mil soldados: seguidamente puso sitio á la villa que toma el nombre de dicha isla y la redujo, venciendo antes al príncipe de Orange, que habia intentado hacerle levantar el sitio. Despues asistió al asalto de Bommené, y queriendo emprender otras operaciones se le amotinaron los soldados por falta de pagas y le retuvieron en calidad de preso para evitar que viniese contra ellos con alguna fuerza respetable. La frecuencia de estos motines, inevitable por la escasez de recursos, paralizaba y entorpecía la pacificación de la Flandes. Pocas veces se imponían castigos á los culpables, pues siempre era unánime el movimiento y como no habia seguridad de pagarles en adelante con mas exactitud se temían las venganzas á que pudiera dar lugar un estado de insurrección. Por otra parte en la simple clase de soldados servían jóvenes pertenecientes á casas ilustres, y esto contribuía á que reinase en los alborotos, en cierto modo, el mejor orden. Esponían sus quejas con templanza y sin insultos y fijaban en las esquinas todas las providencias adoptadas y la marcha que se proponían seguir hasta que se les abonasen sus sueldos. (1). Afortunadamente duró pocos días el alboroto que retenía á Mondragon, pues habiendo pagado á sus soldados, asistió con ellos al asalto de Amberes, cuya ciudad habian tomado los rebeldes por traición. Algunos meses despues se fir-

(1) Es costumbre inmemorial entre nuestros soldados el poner notes á sus mismos generales, fundándose en el carácter, condicion, ó en algun hecho del personaje. No queremos pasar en silencio uno que nos ha chocado sobre todos. Pedro de Paz, maestre de campo del ejército de Alejandro Farnesio, era tan bondadoso con sus soldados, que cuando la escasez y el hambre se dejaba sentir entre ellos por falta de recursos, veudía sus propias alhajas para comprarles pan, y solia decir: «¡quiera que no les falte pan.» No hubo necesidad de mas; los soldados de otros tercios cogieron al vuelo aquella frase y bien pronto fué conocido en todo el ejército con el nombre de *Pedro de Pan*. No debe confundirse este Pedro de Paz con otro de igual nombre que figuró al principio del mismo siglo.

(1) Es curioso uno de los pasquines fijados en Amberes durante el tiempo que un motin se enseñoreaba de aquella ciudad. Decia así: Deben pensar nuestros enemigos que metidos nosotros entre los regalos y vicios de Amberes y blanduras de las damas, nos hemos de afeminar y así harán despues de nosotros lo que quisieren, porque habremos perdido el sólito vigor y brio, como lo hicieron los soldados de Alejandro en Babilonia y los de Anibal en Capua; persuádense de esto porque nos ven tan sosegados y porque no hacemos mas que comer bien y beber frio. Conviene, pues, que de cuando en cuando nos hagamos sentir, y trayendo los frascos llenos, haya de respeto política porque tenemos mas enemigos que pensamos.

mó la paz y pasó á Madrid en compañía de Sancho Dávila; pero alterada Flandes segunda vez le confirió S. M. el mando del tercio de Julian Romero, que habia fallecido aquellos dias y pasó Mondragon al teatro de sus glorias, donde le esperaban nuevos lauros. Gobernaba á la sazón aquel país don Juan de Austria, de cuyas relevantes prendas se esperaban grandes resultados; pero el veneno que abrasaba las entrañas de este varon insigne, acabó con sus dias el 1.º de octubre de 1578. Sustituyóle Alejandro Farnesio, jóven lleno

de salud y de ardimiento. Emprendiose la guerra sin descanso; Mondragon era el alma de todos los movimientos: en pocos meses puso sitio á Carpen que tomó por asalto: asistió al de Martrich que tambien fué ganada á viva fuerza y se apoderó de Dunquerque, despues de una obstinada resistencia. Atormentaba á Farnesio la idea de ver á Amberes en poder de los enemigos, pues á consecuencia de la paz habian introducido en ella su guarnicion.

(Se concluirá).

M. J. DIANA.

TIPOS ESPAÑOLES.



¡S. E. no da audiencia!

LA CRUZ DE LA ESMERALDA.

TRADICION POPULAR.

I.

1569.

No es necesario poseer grandes conocimientos históricos para recordar que el 2 de enero de 1492 se rindió la ciudad de Granada, último emporio y baluarte del poder árabe en España, á los gloriosos reyes Católicos doña Isabel y don Fernando; y que los moros, reducidos á la dominación cristiana, tascaron el freno impacientes, y aprovecharon cuantas ocasiones se les presentaron de sacudir sus pesadas cadenas y promover graves disturbios. Las ten-

tativas de insurrección de los árabes y moriscos cedieron siempre en grave daño de sus mismos promovedores, que perdieron en cada una de ellas buen número de las garantías estipuladas al entregarse la ciudad, y acabaron por quedar reducidos á la mas humilde condicion. Trece años despues de la conquista murió la reina de Castilla doña Isabel; nueve años despues que la reina, murió el rey de Aragon don Fernando; y como desde muchos años antes estaba turbada la razon de la legítima heredera de ambos reinos, denominada *Juana la Loca*, empuñó las riendas del gobierno su hijo primogénito, don Carlos I de España y V de Alemania. Durante los treinta y ocho años del reinado del hijo de *Felipe el Hermoso*, hicieron varias tentativas los moriscos de Andalucía para reconstituir su perdido reino de Granada, tentativas que se estrellaron en la fortuna y el poder del arripotente emperador. Retirado á Yuste este monarca, empuñó el cetro su hijo único Felipe II,

príncipe cauto y poco belicoso, que en vez de buscar los laureles como su ilustre predecesor, confió á los capitanes de su padre el cuidado de hacer respetar en ambos mundos las armas españolas, y se consagró especialmente á robustecer el poder real, aliándolo con el religioso, para que la unidad política y de las creencias se ayudasen: contribuyendo la primera á cerrar las puertas de España á la *reforma*, que tan crudamente combatía á la segunda, y la segunda á extinguir los últimos restos del feudalismo de los municipios y los grandes, sombra que aterraba á la primera. Los moriscos de Andalucía debieron sentir los efectos de esta política alianza, como súbditos poco sumisos y como sectarios del Corán; y después de haber promovido, durante los trece primeros años del reinado de don Felipe, mas ó menos serios disturbios, acabaron por presentarse en declarada rebelión. Ni astucia ni arrojo escasearon para hacerse dueños de Granada; y no habiéndolo conseguido, merced á la gran vigilancia de las autoridades reales, se retiraron al país montañoso, llevando el fuego de la guerra á las Alpujarras, Almiñara, Río de Almanzora, Sierra Nevada, y los fértiles y profundos valles escondidos entre estas fragosas montañas. A extinguir el repentino incendio acudieron de toda la península las banderas de las ciudades y algunos tercios aguerridos; pero á pesar de los esfuerzos de los marqueses de Mondejar, los Velez y otros ilustres capitanes, la desesperación y el terreno multiplicaban de tal modo las fuerzas de los moriscos de Granada, que, con próspera ó adversa fortuna, pero siempre caprichosa é incierta, iban prolongando la guerra, mucho mas que convenía á los planes y gran poder del monarca, á quien hostilizaban. Cansado Felipe II de tan prolongada contienda, y queriendo ponerla término á la posible brevedad, mandó reunir un poderoso ejército, y tomando una estratagemática determinación, poco conforme á su carácter y política, lo puso bajo las órdenes de su hermano don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. Esta elección debió parecer á todas luces incomprensible y desacertada: lo segundo porque el joven príncipe habia pasado sus primeros años dedicado á serios estudios; pues Luis Quijada, por orden del emperador, lo destinaba al sacerdocio: y viniendo después á la corte, á pesar de su gran corazón y ánimo marcial, no habia presenciado, ni mucho menos tomado parte en ningún reencuentro ni batalla; y lo primero porque habiendo meditado y vacilado mucho Felipe II antes de decidirse á declarar á don Juan de Austria su real origen, como temiendo que el águila imperial quisiera remontarse alto, le proporcionara una ocasión de unir á lo ilustre del nacimiento el esplendor de la victoria. No es fácil hoy adivinar las causas, y existir debieron muy graves, que hicieron obrar al monarca del modo que hemos referido, y dejando la cuestión histórica entremos en la tradición popular.

Entre los varios capitanes que servían bajo las inmediatas órdenes de los marqueses de los Velez y de Mondejar, se distinguía particularmente el hidalgo Diego Velazquez, brioso capitán de caballos, que habia medido su tizona con las moriscas cimitarras de los mas valientes guerrilleros, y á quien los moriscos miraban con un invencible terror; contaba el capitán Velazquez á la sazón treinta y seis años, y, soldado desde la infancia, se habia hallado en el sitio de Mest, última y desgraciada expedición guerrera del emperador Carlos V, y en la batalla de San Quintín, primero y glorioso hecho de armas del hijo del emperador. Su estatura casi gigantesca; su tez morena y á mas tostada por el sol de los campamentos; sus facciones duras y singularmente varoniles; su voz bronca y sus imperiosos ademanes, estaban en perfecta armonía con su gran ánimo marcial: y los moriscos, como los cristianos, le concedían las altas prendas de guerrero.

A las cuatro y media de la tarde del 24 de diciembre de 1569 se encontraba Diego Velazquez á corta distancia de Orgiva, acompañado de cien guerreros que lo secundaban de ordinario en sus peligrosas correrías. Ocupaban una alquería que les servía de alojamiento, guareciéndolos de la ventisca y menuda nieve que iba tendiendo su blanco manto sobre las praderas y colinas. Los compañeros de Velazquez reposaban cómodamente sobre la paja, se calentaban al hogar, jugaban á los dados y bebían; pero el capitán, preocupado con alguna idea muy importante, se paseaba apresuradamente, asomándose de vez en cuando á la puerta de la alquería, como si esperara impaciente la

llegada de alguna persona. Cerraron las sombras de la noche; la impaciencia del capitán crecía por momentos, y no pudiendo entretenerla con asomarse á la puerta, porque le era imposible descubrir ni el mas corto trecho de camino; continuó sus rápidos paseos, derribando al paso las cántaras de los que bebían y las cajas de los que jugaban; pisando á los que estaban acostados, y empujando á los que se calentaban al hogar. De improviso se abrió la puerta, y un morisco, envuelto en un albornoz negro, sembrado de menudos copos de nieve, se adelantó hasta el capitán, que á su vista habia interrumpido el paseo. Velazquez lo cogió de un brazo, y después de haberlo llevado al rincón mas apartado de la cuadra, le preguntó en voz apenas perceptible:

—¿Qué noticias me traes?

—Las mejores: repuso el morisco en el mismo tono misterioso.

—Sepamos.

—Una partida de moriscos rebeldes, al mando de Aben-Aboo y algunos otros guerrilleros, se encuentra á una legua corta de aquí.

—¿Cuántos son en número? preguntó el capitán, radiantes los ojos de alegría.

—Doscientos, repuso el morisco, temiendo que el número desanimara al capitán.

—¡Voto á Santiago! que estás haciendo un buen negocio.

Esta exclamación manifestó al morisco que se habia equivocado, creyendo á Velazquez capaz de intimidarse por el número, y repuso, con la satisfacción de un usurero que vé asegurado un buen negocio cuando perdido lo creía:

—Hemos estipulado que me dareis por cada cabeza de morismo diez ducados.

—Así es la verdad: y siendo doscientos los moriscos te corresponderán dos mil ducados, si todos perecen al filo de vuestras espadas, respondió el capitán Velazquez.

—Tomad bien vuestras disposiciones, pues no me gustaria perder, por culpa vuestra, ni un solo ducado.

—Así lo haré. Pero ya que me has recordado una de las condiciones de nuestro contrato, la favorable para tí, no estará demás que yo te recuerde la onerosa. Si me engañas y erramos el golpe, pagarás con la cabeza tu torpeza ó mala intención.

—Nada mas justo, capitán. De un lado poneis dos mil ducados, del otro pongo mi cabeza; no puede ser mas igual la partida. Pero si quereis que no se malogre no perdamos un solo instante.

—Señores, gritó el capitán dirigiéndose á sus soldados: dejad el vino, tirad esos malditos dados, apartaos del fuego, estirad esos miembros entumecidos, y empuñad las armas.

Los soldados de Diego Velazquez estaban muy acostumbrados á obedecer las órdenes de su intrépido jefe para que hicieran repetirselas. Los jugadores se levantaron, dejando en suspenso las partidas: los bebedores apuraron de un solo trago sus anchas cántaras: los mas friolegos se apartaron de la chimenea, como si temieran quemarse; y los que dormían profundamente se despertaron como si sonara la trompeta del juicio final; y á uno solo, que no consiguió disipar los densos vapores del sueño, lo cogió Velazquez por un pie y sacó arrastrando fuera de la puerta de la alquería, sin hacer caso de sus ayes.

Puestos en orden los soldados, y después de haberles encargado que marcharan en el mas riguroso silencio, se colocó Diego Velazquez á la cabeza de su gente, llevando á su izquierda al morisco, garante y guía de aquella arriesgada expedición. Caminaron mas de dos horas, despreciando intrépidamente el frío y la humedad de la noche; pasaron por un estrecho y frágil puente el río Guadalfeo, que arrastraba sus turbias corrientes en ronco y compasado son: dejaron á un lado el Lanjarón, pintoresco lugar, oculto entre sus perfumados bosques de limoneros y naranjos, y avanzaron resueltamente, internándose en las asperezas de la feraz sierra de Lujar. A medida que se internaban, caminaban con mas cautela; y tanto importaba á los cristianos no ser oídos, que el ruido sordo y prolongado de sus pasos mas parecia el de una serpiente que se arrastra, que el de una hueste que camina.

Acababa de trepar la hueste una agria cuesta, y se preparaba á descender hasta una profunda cañada, cuando el morisco dijo al capitán.

—Manda hacer alto á tus soldados, si quieres conocer por tí mismo la posición de los rebeldes.

Velazquez cumplió inmediatamente la indicación del guía, y adelantándose con él, vió una inmensa hoguera que ardía á la puerta de una grande alquería, situada en la pendiente de la montaña, y oyó distantes las voces de muchos moriscos, que con la mayor seguridad gritaban, cantaban y reían. Las pupilas de Diego Velazquez se dilataron y brillaron, como las del tigre al ver su presa; dividió su gente en pelotones, marcándoles los distintos caminos que debían seguir para llegar á la alquería; y media hora despues, caía, espada en mano, sobre los alegres moriscos, que no esperaban encontrar la muerte por término de su festín.

Aunque sorprendidos y aterrados, Aben-Aboo y sus compañeros procuraron vender sus vidas al mas alto precio posible, y se trabó una brava pelea, que tiñó de sangre la alquería y se prolongó largo tiempo. La intrepidez de los moriscos cedió sin embargo al valor de los soldados de Velazquez; Aben-Aboo, con algunos pocos, se retiró en el mejor orden; y los moriscos que no sucumbieron al filo de los aceros toledanos, se desvendaron por las breñas, esperando hallar su salvación entre las sombras de la noche y lo espeso de la maleza. Diego Velazquez y sus soldados habían jurado no dejar un morisco con vida; y tan decididos estaban á cumplir este juramento, que sin temer las emboscadas ni detenerse ante las tinieblas de la noche, se lanzaron tras los fugitivos, acosándolos como perros que siguen el rastro á la caza. En esta lucha de hombre á hombre, cupo en suerte al capitán Velazquez un morisco de alta estatura, vigorosos miembros, cuarenta y cinco años de edad, y que se había batido con el mayor encarnizamiento. El capitán lo persiguió largo trecho, y, cuando esperaba rendirlo, se le perdió entre la espesura, como si se hubiera abierto la tierra para albergarlo en sus entrañas. Un hombre menos temerario que el valeroso capitán hubiera temido una emboscada, y retrocedido hasta los suyos; pero Velazquez se había prometido á sí mismo acabar con aquel rebelde, y era incapaz de no cumplir esta palabra. Prosiguió internándose en la sierra, y de repente descubrió una casita solitaria, perdida en un bosque de encinas; y que debía estar habitada, porque una columna de humo se desprendía del encendido hogar. Pensó Velazquez que aquella casita podía encerrar alguna presa capaz de recompensarle dignamente la pérdida del morisco que perseguía, pero antes que pisara el dintel, cayó sobre su bien templado yelmo una pesada cimitarra. Vaciló un momento el capitán, de sorpresa y dolor á un tiempo; pero reponiéndose al punto cerró con su fiero antagonista á mandobles y cuchilladas; viendo con asombro que su contrario era el mismo con quien había lidiado antes y perdido entre la maleza. Diego Velazquez se regocijaba de haber encontrado su presa, y el morisco combatía cada vez con mayor encarnizamiento, cerrando la entrada de la casita misteriosa. Este encarnizado combate era sumamente desigual, sino por el valor y la fuerza de los antagonistas, por lo desigual de las defensas; pues Diego Velazquez combatía completamente armado, y el morisco solo oponía á los rudos golpes del cristiano su tosco vestido de lana; que empezó á teñir en su sangre, vertiéndola en tanta abundancia, que cayó en tierra bajo el umbral que defendía.

Defensa tan desesperada y sangrienta, hecha por un enemigo que había huido momentos antes, confirmó al capitán la idea de que la casita misteriosa encerraba un rico tesoro; forzó la puerta, sin hacer caso de los rugidos del morisco, que se revolcaba en su sangre, y se encontró en un aposento, alumbrado por una lámpara y adornado con cierta riqueza y buen gusto. Una morisca de diez y seis años no cumplidos, y mas hermosa que las huries que pueblan el perfumado Eden, lanzó un grito al ver al cristiano; y cubriéndose el rostro, corrió á ocultarse horrorizada. Diego Velazquez la siguió, cogió las delicadas manos entre las suyas, que las oprimían como un gran tornillo de acero; la estrechó una vez y otra vez entre sus brazos, y empezó una lucha terrible entre la doncella casta y pura, que quería defender su honor, y el guerrero indomito, que se irritaba mas y mas con la obstinada resistencia. Moráima era débil, Velazquez fuerte, la victoria no era dudosa. Sucumbió al cabo la doncella, y el capitán la dejó casi desmayada, pasó sobre el cuerpo ensangrentado del morisco, y se fué en busca de los suyos.

Vuelta Moráima de su letargo, comprendió todo el infortunio que acababa de sucederle; pero al mismo tiempo

recordó que su padre había combatido en la puerta de la casita, y salió en su busca: lo halló, pero lo encontró moribundo. Olvidando su inmenso dolor, bendió las heridas del morisco, y, á fuerza de amor y cuidado, consiguió volverlo á la vida. Cumplido este deber sagrado, se entregó la pobre morisca al recuerdo de su desgracia; siendo tanta su melancolía, que enfermó gravemente. Su padre quiso consolarla, pagarle los afanes que acababa de pasar por él; pero si Moráima consiguió curar al morisco las heridas del cuerpo, el morisco no pudo curar á su hija las heridas del alma, y Moráima murió de vergüenza.

II.

1570.

La espada, el nombre ó la fortuna del bastardo de Carlos V, D. Juan de Austria, héroe un año despues de Lepanto, había terminado felizmente las penosas y largas campañas á que dió lugar la *rebelión de los moriscos*; y solamente en lo mas apartado y áspero de las Alpujarras destellaba de vez en cuando alguna centella de la vencida rebelión. El prudente Felipe II tenía demasiado talento y experiencia para no comprender que una chispa mal apagada puede reproducir el incendio; y, lejos de dar poca importancia á los subyugados rebeldes, los tuvo en memoria; mandando á sus capitanes generales de Andalucía, especialmente al de Granada, que no los perdiera de vista, y que estableciera presidios, muy particularmente en las fortalezas enclavadas en las montañas que se extienden desde el fértil valle de Lecrín hasta muy cerca de Almería. Estaban muy acostumbrados los capitanes de don Felipe á obedecer sus mandamientos para que dejarán de cumplir uno tan espreso como importante: y, ademas de proveer los fuertes de soldados, artillería y municiones de boca y guerra, nombraron para gobernar los presidios, gefes conocedores del terreno; curtidos en la guerra, experimentados en duros trances, y que gozaran gran prestigio entre los soldados por su intrepidez personal. El gobierno de la estensa y áspera comarca de Orgiva y la custodia de su fortaleza eran cargos que requerían tanta actividad como valor, y el capitán general de Granada puso los ojos en el capitán de caballos Diego Velazquez, á quien había tenido mucho tiempo bajo sus órdenes durante la pasada guerra, y cuyo carácter entero conocía en toda su verdad. Recibió el capitán Velazquez con júbilo y reconocimiento el difícil cargo confiado á su valentía y lealtad; y recordando con deleite las varias hazañas que había acabado, y el terror que supo infundir á los rebeldes, juró mantener en paz la comarca, y sentar la mano tan recio á los moriscos mal avenidos con el reposo, que, segun su espresion, «no volvería á nacer vello en la piel sobre la cual sentara una vez su guantelete.» Diego Velazquez era hombre que cumplía fielmente su palabra, y si vieran los moriscos que estuvieron bajo su dominio, atestiguarían que la cumplió el cristiano alcaide de Orgiva. Instigado por su rencor hacia la secta mahometana, y por temperamento infatigable, corría en todas direcciones su comarca; y lo mismo de dia que de noche, con huracan, granizo ó lluvia, se presentaba en los extremos mas distantes con tan prodigiosa rapidez, que el vulgo comenzó á creer, que por buenas ó malas artes se multiplicaba á su antojo.

Tres meses habían transecurrido desde que llegó Diego Velazquez á la fortaleza de Orgiva, sin que el menor amago de rebelión viniera á turbar la comarca; pero el celoso capitán no se descuidaba por ello, antes creía ver en la calma un presagio de tempestad. Llegó el 24 de diciembre, dia cuya noche consagran los cristianos á celebrar el nacimiento del hombre Dios, y creyendo Diego Velazquez que los moriscos podrían aprovecharse del general descuido y júbilo para dar un golpe de mano, en vez de entregarse á los placeres, montó á caballo, y sin escudero ni escolta dejó al anochecer la villa. Ni lo empinado de las cuevas, ni lo frágil del terreno, retardaban la veloz marcha del fogoso toro cordobés, que montaba el activo alcaide; y desde las cumbres de los montes, descubría Diego un panorama tan imponente y pintoresco, que cautivaba su atención. Se alzaba á su espalda como un gigante de alabastro, la aromosa *Sierra Nevada*, envuelta en su manto de nieve, y decorada, como una gran catedral gótica, por sus dos esbeltas atalayas que la sirven de torres, los picos de Veleta y Muley Hazen. Mucho mas humilde, y manchada apenas de nieve, se es-

tendía á la diestra del capitán cristiano Sierra de Luyar, y á su falda se descubrían las blancas casas del Lanjaron, casi perdidas entre sus jardines de limoneros y naranjos. Entre estos jardines y la huerta de Orgiva, corría el cenagoso Guadalfeo; súcio y turbulento como una serpiente mal herida, que arrastra sus negras escamas sobre rocas, causando un despacible rumor. A su frente descubría Velazquez los lugares de Capilería, Pitres, Pampaniera, Treveles y otros, pequeños fantasmas envueltos en la neblina de la noche. La luna, próxima á su ocaso, iluminaba este cuadro magistoso; y sus claras olas de luz ya se quebraban en los ángulos de las montañas, ya reflejaban sobre la nieve de las sierras, ya rielaban en las llanuras y los ríos, y ya se perdían en las profundísimas cañadas. El ambiente era tan apacible como el de una noche de primavera, y no dejaba sospechar siquiera la adusta presencia del invierno. Sin embargo, un ojo avizor y experimentado, como el de pastor ó marinero, hubiera predicho la lluvia, al descubrir en occidente un grupo de nubes cenicientas, que se elevaba pausadamente, para robar los últimos rayos á la luna, muy próxima á tocar su ocaso. Estas anticipadas sombras no alarmaron al capitán, antes bien las deseaba mas densas, para proseguir su larga ronda sin temor de ser descubierto.

El risueño aspecto de la noche se fué cambiando lentamente en melancólico; las colinas cambiaron sus tintas plateadas por otras cenicientas y tristes, las cañadas se ennegrecieron; el ambiente comenzó á humedecerse, y los arroyos y los ríos, perdidos entre pardas sombras, solo indicaban su presencia con el ronco ruido de sus pasos: pero el capitán Diego Velazquez no pensaba volverse á Orgiva; y seguía corriendo los lugares, muy satisfecho de no descubrir ningún síntoma de revuelta. A las once y media de la noche desapareció el amortiguado reflejo que despedía la velada luna, y de improviso las tinieblas rodearon al intrépido alcaide, hasta punto de no permitirle ver á dos pasos de distancia; como si se acercaran los horizontes para chocarse y confundirse. La repentina oscuridad y una lluvia menuda y lenta que empezaba á caer, advirtieron al capitán lo conveniente que le sería volver sus pasos hacia la villa, sino quería correr el riesgo de perderse entre los espesos encinares, ó de rodar y perder la vida en el fondo de algun torrente. Incomodado por la lluvia, y no queriendo perder tiempo, hirió los hijares de su poderoso caballo, y con toda la rapidéz que la maleza permitía, tomó la vuelta del castillo. Habría caminado media hora, sin encontrar otros obstáculos que lo fragoso del terreno, cuando notó que su caballo había perdido la vereda, y por mas que quiso reconocer las particularidades del sitio en que se hallaba, no le fué posible conseguirlo, á causa de la impenetrable oscuridad. Hombre de merma paciencia era el alcaide, y ya iba á prorrumpir en juramentos, cuando oyó los pasos de un hombre que debía traer su mismo camino.

—¿Quién llega? preguntó el capitán, seguro de encontrar un guía.

—Un pobre paisano: le respondió una voz sumisa, aunque ronca: y un segundo despues se encontraba á su lado un hombre de elevada estatura, aunque encorvado, envuelto en un mal capote de monte.

—¿A dónde vas? le preguntó Velazquez.

—A Orgiva: respondió el paisano humildemente.

—Esta no es la senda.

—Es verdad; pero lo mismo que vuestra señoría, he tomado el campo atravesado, para llegar mas pronto á la villa.

—¿Y cómo sabes que yo me dirijo á la villa?

—¿A dónde, sino á Orgiva, puede dirigirse el señor alcaide?

—¿Me has conocido, según veo?

—Toda la comarca conoce al señor capitán Diego Velazquez, que la mantiene en paz.

—Está bien. ¿Y tú quién eres?

—Yo señor, soy un pobre morisco, que obedezco á S. M. el rey católico.

—Pues supuesto que vés á Orgiva, ponte delante de mi caballo, y haremos juntos el camino.

El morisco no replicó, se puso delante del caballo y volvieron á caminar.

No habían andado cincuenta pasos, cuando el capitán Diego Velazquez dirigió la palabra á su guía, diciéndole:

—Para hacer mas corto el camino, vendría bien que me entretuvieras con alguna conseja ó cuento.

—Haré muy gustoso lo que su señoría me mande: respondió el morisco, con su acostumbrada humildad:

—Ya te escucho: añadió el alcaide.

—¿Quiere vuestra señoría que le cuente alguna leyenda de mis antepasados los árabes?

—Te escucharé con atención: aunque no he tenido nunca gran cariño á tus ascendientes, no lo tengo mayor á tus hermanos, y creo que tampoco lo tendré á tus descendientes.

—A mis descendientes: murmuró el morisco tan bajo, que el capitán percibió el rumor de las palabras, sin poder entender la frase.

—¿Qué dices? pregunto el alcaide.

—Que voy á empezar mi leyenda.

Hizo el morisco una breve pausa y prosiguió de esta manera:

—«Un palomo de noble casta, que había vivido mucho tiempo en el palomar de un sóberano, se cansó de su vida ajitada, y uniéndose á una casta paloma, trasladó su nido al hueco de unas peñas, ocultas en lo mas fragoso de una sierra. Entregado completamente al púdico amor de su apacible compañera, consiguió olvidar los dolores de su vida pasada, y, sin ambición ni esperanza, veía correr sus tranquilos días, tan risueños como el manantial cristalino que brotaba bajo las peñas. La suerte parecía empeñada en proteger al feliz palomo, y, para colmar sus delicias, le dió, por fruto de su amor, una palomita, que prometía ser tan hermosa como su madre. La suerte es de suyo inconstante y se cansó de proteger al pobre palomo; su esposa murió, poco tiempo despues de ser madre, y el viudo palomo tuvo que ahogar sus dolientes suspiros para atender únicamente al alimento de su hija. Conforme iba creciendo esta se aumentaba su dulce encanto y su prodigiosa hermosura, siendo un retrato de su madre. Tenía, como ella, blancas plumas, mas blancas y brillantes que la nieve de la altiva Sierra Nevada: tenía, como ella, pico rosado, mas rosado que el coral puro y trasparente: tenía, como ella, ardientes ojos; mas ardientes que los de los caballos del desierto y las aguilas de las sierras: tenía, como ella, blando arrullo; tan dulce y blando que parecía á la vez una música y un suspiro. El pobre palomo estaba loco de contento, contemplando tanta hermosura, tanta gracia y tanto candor. Hubiera querido ocultar su nido á las miradas de las aves y de los hombres; encontrar un mundo muy pequeño y desconocido para encerrarse en él con el tesoro de su amor. Difícil sería reducir á peso todos los quilates de aquel amor paternal, único, inmenso, reconcentrado: amor que anudaba todos los amores; que se alimentaba con el fuego de todas las pasiones, fundidas en una pasión pura y santa. Felices horas pasó el palomo cuidando de su hermosa hija, en su rústico y apartado nido: pero las horas fueron breves, y la tranquilidad del nido no fué mas larga que las horas. Bandadas de aves de rapiña aparecieron en los horizontes; los pájaros de la comarca huyeron, pero no lograron con la fuga dejar de caer entre las garras de los buitres y los milanos. El palomo corrió afanoso á cernerse sobre su nido, no para salvar su propia vida, que estimaba en poco, sino para resguardar á su hija, oponiendo su pecho á las garras de las conquistadoras aves. Un buitre, mas negro que esta noche, siguió el vuelo del pobre palomo, y cuando este quiso cerrarle el paso, para que no llegara al nido, le escondió su pico en el pecho, dejándolo en tierra moribundo. En tanto que el herido palomo forcejaba por levantarse...»

—Llegó el buitre al nido y mató á la blanca paloma: interrumpió el capitán Velazquez, queriendo manifestar que había adivinado el fin del cuento.

—La mató y no la mató: repuso el morisco con voz entrecortada y ronca.

—No te comprendo.

—La deshonró.

—¿Con qué los buitres pueden deshonorar á las palomas?

—Sí. La paloma murió de vergüenza un mes despues.

—No sabía yo que las palomas morían de vergüenza.

—Sí, señor alcaide: las palomas mueren de vergüenza.

—¿Pobres palomas! ¿Pero qué sucedió al palomo? ¿Murió tambien de sus heridas?

—No, señor capitán Velazquez. El palomo vivió, sin duda para que cumpliera su destino.

—¿Sepamos su destino?

—Era noble. Primero debía verter amargo llanto sobre el sepulcro de su hija.

—¿Y despues?
 —Despues debia vengarla.
 —¿De modo qué continua la historia?
 —Continua: repuso el morisco, poniéndose al lado del alcaide, y bajando la voz, como si los sucesos que iba á referir exigieran el mayor secreto.
 —Sepamos: insistió el alcaide.
 —Pasado algun tiempo, el palomo fué dueño de la vida del buitre.

—¿Y se la quitó?
 —Diego Velazquez, acabas de dictar tu sentencia: gritó el morisco enderezándose y atravesando con su *gumia* ambos costados del alcaide.

—¿Quién eres? murmuró el capitan, cayendo al suelo moribundo.

—El padre de la niña Moráima, á quien deshonestaste hoy hace un año.

—Castigo de Dios: murmuró el alcaide, y cerró los ojos para siempre.

El morisco contempló á su víctima por espacio de algunos minutos, y luego que adquirió la certeza de que estaba muerto, desapareció entre las breñas lanzando una siniestra carcajada, que hicieron mas horrible, al repetirla, los sonoros ecos de las sierras.

Cuando abrieron las puertas de Orgiva, al amanecer del 25 de diciembre, el caballo de Diego Velazquez entró en la villa sin ginete, lo que produjo grave alarma. Salieron en busca del alcaide varios destacamentos de soldados, y despues que hubieron recorrido la mayor parte de la comarca, lo encontraron entre dos rocas, atravesado el corazon con la rica *gumia* del morisco. En el puño de esta *gumia* brillaba una hermosa esmeralda, de extraordinaria magnitud, que enamoró á todos los soldados, mucho mejor que lo hubiera hecho la mas hermosa sarracena. Disputársela pretendian, pero el gefe cortó la querella diciéndoles:

—Señores, fuera una impiedad considerar como botín el arma alevosa que ha traspasado el corazon á nuestro alcaide, el esforzado capitan Diego Velazquez, que aquí vemos. A uso mas piadoso es necesario destinarla, y propongo lo que vais á oír. La riqueza de esa *gumia* consiste particularmente en la esmeralda que adorna su mango; ahora bien, arranquemos esta esmeralda de su sitio, vendámosla á algun judío, y con su importe levantaremos sobre estas rocas una cruz de piedra, que perpetue la memoria de Diego Velazquez. Y ya que no podemos depositar aquí su cuerpo, porque seria poco piadoso privarlo de lugar sagrado, pondremos, debajo de la cruz, la *gumia* que le ha dado muerte, teñida en su sangre como está, para que no vuelva á manejarla mano de moro ni cristiano.

Los soldados se conformaron con el parecer de su gefe: trasladaron inmediatamente el cuerpo del difunto alcaide á la villa; vendieron la hermosa esmeralda; con su importe levantaron la cruz, bajo la cual depositaron la *gumia*.

Cuenta la tradicion, que, durante mas de veinte años, todas las noches venia un hombre á sentarse al pié de la cruz, no se sabe si á orar ó maldecir, porque el visitante era el morisco. Pasado este tiempo, nadie se acercaba diariamente á la cruz piedra; pero en la noche del 24 de diciembre de cada año se acercaban, por distintos caminos, dos esqueletos á la cruz, y trababan porfiada lucha, lucha que se repite en nuestros dias, siendo los combatientes los esqueletos de Diego Velazquez y el morisco.

La cruz es conocida en la comarca con el alegórico nombre de LA CRUZ DE LA ESMERALDA.

JUAN DE ARIZA.

FABULAS

TRADUCIDAS DEL ALEMAN.

La Prudencia.

Cayó en la red del pescador certero un barbo tiermecito:
 ¡allí fué echar la hiel el prisionero
 para cortar el cáñamo maldito!
 chupa, muérdete, batalla,
 deshíllacha el torzal, rompe una malla,
 y al fin se libra del peligro fiero.
 «¡Caramba!» prorrumpió: «de buena escapeo:

viviré en adelante sobre aviso;
 quien me pesque otra vez ha de ser guapo.
 Mas ¡calle! cosa de comer diviso
 que á merced de las olas sobrenada,
 por un hilo sutil á un brazo atada.
 Es, si no me equivoco,
 pan y buena racion: pues me la emboco.»
 Tirase al cebo el pez sin mas recelo,
 y al salir de la red tragó el anzuelo.
 Así con sus propósitos ufana
 se arroja en pos del apetito loco
 de yerro en yerro la prudencia humana.

El Asno Feliz.

Llevaba por las calles un jumento
 varios tiestos en flor, y el grato aroma
 que embalsamaba el viento,
 al rededor juntaba del pollino
 cuantas narices de goloso olfato
 hallaba en el camino.
 Viendo que se le sigue, va y lo toma
 por él el mentecato,
 y esclama interiormente:
 no hay duda que hay aquí muy buena gente,
 y es conmigo finisima en sus modos.
 Todos me obsequian, me acompañan todos.
 Pero el florista su jardin apura.
 Sucede que otro día
 Le cargan á mi burro de basura,
 y huyendo entónces el fatal encuentro,
 se vuelve cada cual ó se desvia,
 y en hallando un portal se mete dentro.
 Y la estólida bestia se decia:
 no se me puede honrar mas á las claras:
 todos, para que marche sin tropiezo,
 se apartan de mi lado veinte varas.
 Así vive feliz un arrapiezo
 porque tiene la suerte,
 gracias á su pobrísima chaveta,
 de que nada en su daño lo interpreta,
 de que todo en sustancia lo convierte.

J. E. HARTZENBUSCH.

GEROGLIFICO.



Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. EN MES 4 SEIS 20. UN AÑO 36. - Librerías de Pereda, Cuesta, Munier, Mateu, Jaimebon, Gaspar y Reig, Poupart, Villa, Baili Bailiere y la Publicidad, litografías de Pellegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAL. Tres meses 12, Seis 24. - Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.